Volpone

Jonson

822
J81vxJ

The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
Dr. S. E. Leavitt

822
J81vxJ

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00021451046

50 CENTS.

BEN JONSON

VOLPONE

EL BARCO EMBRUJADO

de

Alberto Insúa

❀

Novela fantástica, en la que el popular novelista lleva a sus numerosos lectores, en un viaje maravilloso, al país donde la vergüenza no existe.

❀

Cinco pesetas

❀

En todas las librerías y en Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20, Madrid.

UNA MORENA Y UNA RUBIA

de

Francisco Camba

❀

Novela realista, de ambiente madrileño y de pasiones exaltadas, en la que destacan, sobre un fondo castizo, dos interesantes figuras de mujer.

❀

Cinco pesetas

❀

En todas las librerías y en Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20, Madrid.

VOLPONE

BEN JONSON

VOLPONE

FARSA EN TRES ACTOS Y CINCO CUADROS

TRADUCCIÓN Y ADAPTACIÓN DE

BENJAMIN JARNES

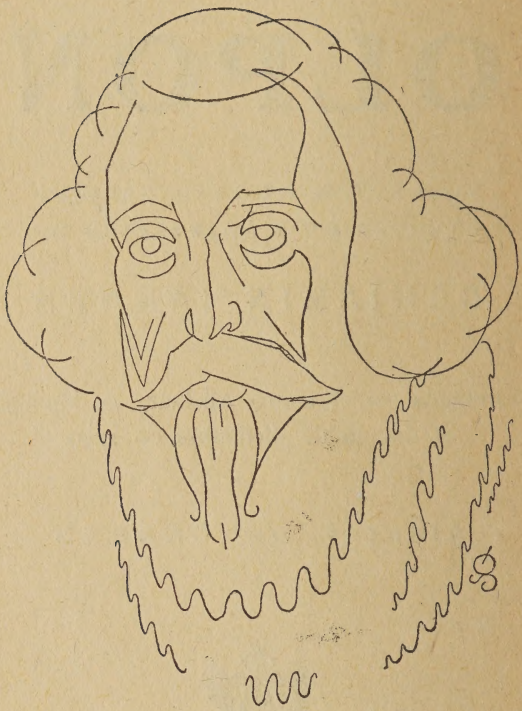
Estrenada en el teatro Alkázar, de Madrid, el día 20 de diciembre de 1929.

DIBUJOS DE GARRAN

LA FARSA

AÑO III | 28 DE DICIEMBRE DE 1929 | NUM. 120

MADRID



VERSIÓN LIBRE DEL RETRATO DE

BEN JONSON

POR GARRAN

822
J81vxJ

BEN JONSON

Ben Jonson nació en 1574. *Dos meses antes de su nacimiento había muerto su padre. Dos años después su madre volvió a casarse con un albañil, que envió a su hijastro a estudiar en el colegio de Westminster, y luego en Cambridge. Posteriormente, y por haber perdido su familia gran parte de su fortuna, Ben Jonson tuvo que dedicarse al mismo oficio de albañil; pero se cansó muy pronto de manejar el yeso y la llana y huyó de la vida de rudo trabajo que le aguardaba. Se alistó en el ejército de Flandes, donde realizó algunas proezas. Más tarde volvió a Londres, donde comenzó su carrera de actor. Como consecuencia de un duelo con uno de sus camaradas, fué acusado de asesino, preso y quizá calumniado. En la cárcel se hizo católico, y un poco más tarde volvió a hacerse protestante. Más tarde fué indultado, se casó y tuvo un hijo, de quien debía ser padrino William Shakespeare. La miseria, con todo, no le abandonó nunca. Fué entonces cuando pensó en ser autor dramático. Esto, si no le condujo a hacer fortuna, le valió al menos la gloria de ser tenido justamente por el más grande autor dramático de su tiempo, descontando Shakespeare.*

Su obra es considerable. Se conocen de él: Cada hombre tiene su humor, El alquimista, El mal poeta, Los placeres de Cintia, Catilina, La mujer silenciosa, El diablo es un asno, El magnetismo de una dama, El pastor melancólico *y algunas otras. También escribió muchos epigramas, poemas, etc. Y, por fin,* Volpone, *de la cual damos aquí una versión libre, aunque siempre acomodada al espíritu de su autor.*

Ben Jonson murió en 1637 *y fué enterrado en la abadía de Westminster.*

482335

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Celia	Blanca Alonso de los Ríos.
Mosca	Margarita Robles.
Volpone	Gonzalo Delgrás.
Corvino	Ramiro de la Mata.
Voltore	José García Luengo.
Corbaccio	Francisco Calvera.
Bonario	Emilio Menéndez.
Magistrado 1.º	José Sepúlveda.
Magistrado 2.º	Alfredo Domecq.
Magistrado 3.º	Manuel Rodríguez.
Magistrado 4.º	Manuel Medina.
Magistrado 5.º	Rogelio Delgrás.
Escribano	Luis Jiménez.

Ujieres y alguaciles.

Un aposento en casa de VOLPONE. Una cama (o diván) separada del resto de la habitación por un tapiz. Primeras horas de la mañana.

ESCENA PRIMERA

VOLPONE y MOSCA.

VOLPONE. *(Entrando.)* Entra, buen Mosca. Pronto mis [visitas
—la urraca, el cuervo, el buitre y el milano—,
todas mis aves de rapiña juntas,
han de rondar mi lecho, imaginando
verme ya en vil carroña convertido...
Pero aun he de tardar en darles pasto.
¡Bella es la vida y es su luz el oro!
¡Abre el altar, que quiero ver mis dioses!
(MOSCA *descorre el tapiz. Se ven montones de oro, vajillas, joyas, etc.)*

¡Alma mía y del mundo, salud!... Hijo
del sol. más que tu padre refulgente:
déjame que te adore y que te mime.
A ti y a estas reliquias y a estas joyas,
a todo lo que escondo en esta cámara...
(Lo hace.)
¡Bien los poetas de gloriosa estirpe
a la más bella edad tu nombre dieron!
¡Oh Riqueza santísima! ¡Dios mudo
que das lengua a los hombres!... No haces [nada,
mas por ti se hace todo. De las almas
eres el precio. Como una dé en buscarte,
si en el infierno te halla, allí está el cielo.
¡Honra, fama, virtud! Tú lo eres todo.
Quien te logra es un héroe, un noble, un sabio...

MOSCA. Lo que quiera será. Porque en el mundo,
la ciencia, ante el dinero, importa poco.

VOLPONE. Verdad, querido Mosca... Mas prefiero
mi astucia por lograrlo al oro mismo.
Mi ingenio es mucho. Nada de comercio.
Nada de azar. Ni arados ni terruños.
Ni matarife soy, ni labro hierro,
ni mis hombres oliva o vid estrujan.
No hago vidrio sutil, no expongo naves
del furibundo mar a la amenaza.
Ni especulo en los Bancos. Ni a la usura
me dedico en secreto...

MOSCA. Ni a los pródigos
el jugo les sacáis. No hundís las uñas
en tiernos herederos... Son abusos
que no tolera un carácter apacible
como el vuestro. Ni a huérfanos y viudas
vuestro piso regar hacéis con lágrimas,
ni el eco de sus gritos de venganza
os gustó nunca oír sin apiadaros.

VOLPONE. Mosca, todo es verdad. Yo no lo sufro.

MOSCA. Ni sois como esos que en la trilla blanden
su látigo nudoso, mientras velan
por un montón de trigo del que, avaros,
ni un grano tomar quieren, aun hambrientos,
y sólo se sustentan con verdura.
Ni en las pajas dormís, a la polilla
blando lecho y tapices entregando.
Sabéis ser rico, y del montón brillante...
dar algo a vuestro pobre mayordomo
y a todo servidor que en vuestra casa
os dignáis mantener...

VOLPONE. *(Dándole dinero.)* Mosca, aquí tienes...

MOSCA. Gracias, señor.

VOLPONE. Y dime: ¿qué pudieras
hacer mejor que darme gusto en todos
los deleites que brinda la Fortuna?
Mujer no tengo. Ni parientes, ni hijo,
ni aliados a quien legar estas riquezas.
Mi heredero ha de ser... ¡cualquiera lo sabe!
Por eso hay tantos que no me quitan ojo,
y a diario la casa se me llena
de gentuza de todas las calañas
que me regalan joyas, vidrios, telas...
Todo, Mosca, en espera de mi muerte...
¡Qué impacientes están! Ciento por uno
quisieran recibir. ¡Cómo compiten
en adularme mientras me acaparan!
Yo me divierto... Engaño su esperanza;
la acuño alegremente en mi provecho;
y cuanto más me dan, más los animo...
¡En mi mano están todos! A sus labios
les acerco la miel..., la aparto luego,
vuelvo a acercarla... El juego continúa...
¡Ja, ja! ¿Quién es? Sal a ver, Mosca.

ESCENA II

VOLPONE, MOSCA, *y luego,* VOLTORE.

MOSCA.—El señor Voltore, el abogado. Lo conozco en el modo de llamar.

VOLPONE.—¡De prisa! Mi bata, mis pieles, mi gorro de dormir... Dile que me estaban mudando la cama cuando él llegó. Que se entretenga unos minutos ahí fuera. ¡Ya, ya comienzan las visitas! *(Sale Mosca.)* ¡Ya me rondan, ya vuelven a rondarme! *(Vuelve en seguida* MOSCA *con lo dicho.)* Bien... Novedades... Dime.

MOSCA.—*(Misterioso.)* Una bandeja de plata.

VOLPONE.—*(Lo mismo.)* ¿Grande?

MOSCA.—Maciza, pesada, antigua. Va grabado vuestro nombre en ella. Y vuestras armas.

VOLPONE.—*(Jovial.)* ¿Y por qué no un zorro tumbado, burlándose de un cuervo que abre mucho la boca? ¿Eh?... ¿Qué tal, Mosca?

MOSCA.—¡Estupenda broma!

VOLPONE.—Vengan las pieles. *(Se viste de enfermo.)* ¿De qué te ríes, hombre?

MOSCA.—¿Quién no se ríe, señor?... Pienso en lo que se le estará ocurriendo mientras pasea... Quizá piense que ya es el último regalito... Que ya está ganada la plaza... Que si hoy murieseis quedaría él de único heredero... ¡Habría que verle mañana! ¡Qué saludos, qué reverencias le harían! Parecería muy rufo, cubierto de pieles, en una mula preciosamente enjaezada, escoltado por bufones y mendigos... Le rodearía toda el hambre de la ciudad; todos le abrirían paso a su mula, tan sabia como él... Le llamarían el grande, el doctísimo letrado... Y, para concluir, seguramente piensa: "Nada hay imposible."

VOLPONE.—Algo hay imposible, Mosca: el talento.

MOSCA.—Si es rico, ya puede contar con él. Ataviemos un pollino con reverendas púrpuras, cuidando de que no le asome la punta de las orejas, y ya tenemos ahí un canónigo doctoral.

VOLPONE.—¡El gorro! ¡Dame el gorro!

MOSCA.—Aquí está, señor.

VOLPONE.—¡Corre, vuela! Estoy impaciente por atrapar ese nuevo regalo.

MOSCA.—Ese y otros mil han de caer en vuestras manos.

VOLPONE.—Gracias, truhán.

MOSCA.—Cuando yo haya llegado a convertirme en polvo, y ciento como yo, aun seguiréis recibiendo bandejas.

VOLPONE.—Eso es demasiado.

MOSCA.—Tenéis que vivir mucho tiempo para seguir engañando a esos pajarracos.

VOLPONE.—*(Humorístico siempre.)* ¡Me conmueves, Mosca! Venga una almohada... Así... Ya puede entrar el pajarraco. *(Sale Mosca.)* Ahora la tos... *(La finge.)* La tuberculosis, la gota... ¡Venga, dioses burlones, una pequeña apoplejía, una parálisis oportuna; un catarro al menos!... *(Tose.)* Bien. Me sale muy bien... Durante tres años fuí ordeñando estas ubres fecundas. La ilusión, ya se ve, es una vaca inagotable. *(Tose.)* Ya viene. *(Sigue tosiendo. Vuelve* MOSCA, *precediendo a* VOLTORE, *que trae una bandeja.)*

VOLTORE.—¿Y dices que no he adelantado nada?

MOSCA.—Estáis como estabais, señor. Sois el preferido, y haréis muy bien en mantener vuestro puesto. Esta visita de madrugador, tan cariñosa, no puede menos de serle muy grata. Yo sé, yo sé muy bien cómo os lo agradece... ¡Señor! Acaba de llegar el señor Voltore...

VOLPONE.—*(Débilmente.)* ¿Qué dices?

MOSCA.—El señor Voltore... que ha madrugado por veros.

VOLPONE.—¡Oh! ¡Cuánto se lo agradezco!

MOSCA.—Y os trae una preciosa bandeja... Es muy antigua, comprada en San Marcos. Un regalo magnífico, señor.

VOLPONE.—Gracias, gracias. Bien venido. Dile que venga con más frecuencia.

MOSCA.—En seguida.

VOLTORE.—¿Qué, qué dice?

MOSCA.—Que os dé las gracias, y quiere veros más a menudo.

VOLPONE.—Mosca.

MOSCA.—Señor...

VOLPONE.—Dile que se acerque... ¿Dónde está? Quiero sentir su mano.

MOSCA.—Aquí está la bandeja, señor.

VOLTORE.—¿Cómo se encuentra, amigo mío?

VOLPONE.—Ya lo ve, querido... Muchas gracias... ¿Dónde está la bandeja? No me alcanzan los ojos.

VOLTORE.—*(Acercándosela.)* ¡Cuánto lamento verle tan débil!

MOSCA.—Sí, débil, muy débil.

VOLPONE.—Sois demasiado generoso.

VOLTORE.—No hablemos de ello. ¡Si yo pudiese traeros la salud como os traigo la bandeja!

VOLPONE.—Cada cual trae lo que puede... Muchas gracias... ¡En ello veo tanto cariño! Yo sabré, yo sabré comprenderlo. ¿Por qué no viene más a menudo? Yo os lo ruego, venid a verme, Voltore.

VOLTORE.—Vendré, amigo mío.

VOLPONE.—No se quede tan lejos...

MOSCA.—¿No le veis, señor?

VOLPONE.—Poco... Decidme algo, contadme algo interesante... No puede esto durar mucho... *(Tose.)* Esto se va... El buque está a punto de zarpar... *(Tose.)* Menos mal que estoy cerca del puerto.

MOSCA.—¡Bah! Eso nos sucede a todos, señor. *(Como bromeando.)* Todos zarparemos.

VOLTORE.—Pero, Mosca...

MOSCA.—Los años se imponen.

VOLTORE.—*(Aparte.)* Oye, por favor. ¿Estás seguro de que me nombra heredero?

MOSCA.—Lo estoy. Por eso os ruego que no dejéis de nombrarme criado vuestro. Todas mis esperanzas se cifran en vos. Estoy perdido si el sol futuro no brilla para vos y para mí.

VOLTORE.—Te ha de dar calor el mío, Mosca.

MOSCA.—Yo soy hombre, señor, que buenos servicios os habré prestado. Estas son vuestras llaves... Descuidad. Me cuido de tener bien cerrados los cofres, vuestros cofres... Tengo hecho inventario de todo. De vuestras joyas, de la plata y del oro. Me considero como vuestro intendente, y ya economizo vuestra misma hacienda.

VOLTORE.—¿De veras soy el único heredero?

MOSCA.—No tendréis que partir con nadie, señor. Lo comprobé esta mañana. En el papel están aún frescos la tinta y el lacre.

VOLTORE.—¡Qué suerte la mía! ¿Y qué le habrá decidido a...?

MOSCA.—Lo habéis merecido, señor... No hay otro motivo. Muchas veces le oí decir cuánto os admiraba. ¡Un hombre como vos, docto en las leyes, paladín de todas las buenas causas, sean las que fuesen, hasta perder la voz... Y todo por amor a la justicia. Un hombre que con tanta agilidad defiende el pro y el contra, hace y deshace nudos, da consejos de dos filos... Un hombre capaz de utilizar lengua tan enmarañada y resonante que la verdad y el error cobran por ella los mismos honorarios... ¿Cuántos escudos no vale una palabra que salga de vuestra boca?... *(Llaman.)* Alguien viene. ¿Quién es? Señor, yo no quisiera que os hallasen aquí... Mejor es que os vayáis.

VOLTORE.—Sí, sí.

MOSCA.—Fingid una cara de persona que sólo piensa en sus negocios... Y, por Dios, ¡volved con más frecuencia!

VOLTORE.—Vendré, vendré... Queda con Dios. *(Sale.)*

VOLPONE.—*(Saltando de la cama.)* ¡Incomparable Mosca! Ven aquí, bribón. Quiero abrazarte.

MOSCA.—¡Chist!... Quietecito. Que viene Corbaccio.

VOLPONE.—Fuera de ahí la bandeja. El buitre se fué; el viejo cuervo nos ronda.

MOSCA.—A callar y a dormir... *(Encierra la bandeja donde están las demás joyas.)* ¡Entra en el nido, bandeja;

crece, multiplícate! Vamos ahora a ver un pillo, mucho más destartalado de lo que a primera vista parece. ¡Y aun espera brincar sobre su misma sepultura!

ESCENA III

VOLPONE, MOSCA y CORBACCIO.

MOSCA.—Mi querido señor Corbaccio... Sed bien venido.

CORBACCIO.—¿Y tu amo? ¿Cómo sigue?

MOSCA.—*(Compungido.)* No hay mejoría, señor. No hay mejoría.

CORBACCIO.—¿Eh? ¿Dices que pasó mejor el día?

MOSCA.—*(Al oído, gritando un poco.)* Que está peor.

CORBACCIO.—¡Ah! *(Respirando.)* ¡Vaya! Eso es otra cosa. Y... ¿en dónde está?

MOSCA.—Aquí, señor, aquí. Muy postrado. Se quedó un poco dormido.

CORBACCIO.—Pero... ¿duerme... tranquilo?

MOSCA.—No pegó los ojos en toda la noche, Ni ayer... En realidad, no duerme... Está amodorrado.

CORBACCIO.—¡Bien, muy bien! Creo que habría que tener una consulta... Yo le traigo un calmante. Una buena receta de mi médico.

MOSCA.—¡Como él no quiere oír hablar de medicinas!

CORBACCIO.—¿Y por qué? Yo mismo presencié la elaboración de este calmante. Yo mismo vi de qué se compone. De seguro le sienta muy bien. Es para hacerle dormir.

VOLPONE.—*(Desde su cama.)* Sí, el último sueño.

MOSCA.—¡Como él no quiere oír hablar de medicinas!

CORBACCIO.—¿Cómo? ¿Qué dices?

MOSCA.—¡Que no quiere oír hablar de medicinas! Dice que el médico es la enfermedad más peligrosa. Y la más cara. Dice que primero le desuellan a uno vivo, y después, le matan.

CORBACCIO.—Sí, claro, lo comprendo...

MOSCA.—Y que aprenden a curar a costa nuestra. Porque resulta que la ley no sólo les absuelve, sino que, a lo mejor, les premia. Y a mi señor le fastidia pagar para que le asesinen.

CORBACCIO.—Sí, claro, lo comprendo... Tienen permiso para matar... Lo mismo que los jueces.

MOSCA.—Y más libertad, señor. Porque el juez sólo mata de acuerdo con la ley; pero el médico no se pone de acuerdo con nadie. Y si quiere, mata al mismo juez.

CORBACCIO.—Sí, claro, lo comprendo... Y a mí... Y a todos... ¿Y qué tal va esa apoplejía? ¿Aprieta?... ¿Aprieta?

MOSCA.—Cada vez más fuerte. No puede hablar sin ahogarse... No le brillan los ojos. ¡Y la cara! Se le puso tan alargada, tan descolorida...

CORBACCIO.—¿Cómo, cómo? *(Con la mano en la oreja.)* ¿Que le vuelve la vida?

MOSCA.—¡No! Que tiene la cara descolorida.

CORBACCIO.—¡Ah! ¡Ya! Bien, muy bien.

MOSCA.—Todo son bostezos, desmayos...

CORBACCIO.—¡Magnífico!

MOSCA.—Se le van entumeciendo las articulaciones. La piel se le va poniendo de color ceniza.

CORBACCIO.—Bien. Cada vez mejor.

MOSCA.—Y el pecho... muy lento, muy débil.

CORBACCIO.—Síntomas inmejorables.

MOSCA.—En cuanto al cerebro...

CORBACCIO.—Comprendido, muy bien.

MOSCA.—Un sudor frío le recorre todo el cuerpo. Un continuo lagrimeo le recorre toda la cara.

CORBACCIO.—¿Es posible? Nunca me ocurrió eso a mí. Y... ¿cómo va de síncopes? ¿Muchos síncopes?

MOSCA.—¡Oh! Ni eso ya. Porque apenas recobra el sentido, ni siquiera para roncar... ¡Oiga! ¡Oiga! ¿Ve cómo apenas respira?

CORBACCIO.—¡Magnífico, magnífico! De seguro viviré

más que él, y esto me rejuvenece. Me quita veinte años de encima.

MOSCA.—Iba a ir a buscaros, señor.

CORBACCIO.—¿Qué? ¿Hizo testamento? ¿Me... deja alguna cosa?

MOSCA.—No.

CORBACCIO.—¿Nada? ¡Ay de mí!

MOSCA.—¡Que no hizo testamento, señor!

CORBACCIO.—¡Ah, ya! Pues, entonces, ¿qué hacía aquí Voltore, el abogado?

MOSCA.—Venía oliendo ya a ataúd, señor... Al parecer supo que mi amo se disponía ya a testar... Yo mismo le di prisa, en vuestro favor.

CORBACCIO.—Llegó a verle, ¿no? Ya me lo temía yo.

MOSCA.—Sí, llegó a verle... Y le trajo una bandeja de plata.

CORBACCIO.—*(Intrigado.)* ¿Es que piensa quizá ser su heredero?

MOSCA.—No sé.

CORBACCIO.—¡Ah!... Yo sí lo sé. Pero sabré evitarlo... Ven aquí, Mosca: mira qué bolsa de escudos traje. Esto vale más que esa bandeja.

MOSCA.—*(Sopesando la bolsa.)* ¡Claro que sí! Este, éste es el verdadero médico. Esta es la medicina sagrada. No hay que hablar de narcóticos cuando está a mano este elixir.

CORBACCIO.—*Aurum palpabile,* Mosca. *¡Aurum palpabile!* No hace falta que sea *potabile.*

MOSCA.—*(Acentuando la broma.)* Pues habrá que dárselo en taza.

CORBACCIO.—¡Claro, claro!

MOSCA.—¡Maravilloso calmante! Con esto cobrará..., cobrará fuerzas.

CORBACCIO.—¿Qué? ¿Qué decías?

MOSCA.—Que con esto cobrará fuerzas.

CORBACCIO.—¡No! *(Enérgico.)* Entonces, no se la des.

MOSCA.—Quizá al tocarla se opere en él alguna reacción...

CORBACCIO.—¡Mucho tino, mucho tino! Correré mi suerte. ¡Dame la bolsa!

MOSCA.—No. Perdonad. Yo no quiero perjudicar vuestros intereses... Es que... *(Con misterio.)* Quisiera confiarle... Todo, todo es para vos.

CORBACCIO.—¿Eh?

MOSCA.—Que todo, todo es para vos. No hay parte para nadie. No tenéis rival. Así lo tiene decretado vuestro destino.

CORBACCIO.—Pero... ¿Cómo lo sabes. Mosca?

MOSCA.—Lo aseguro. Mire... De este ataque se repondrá.

CORBACCIO.—Sí, bueno, ¿y qué?

MOSCA.—Yo, aprovechándome del momento en que vuelva en sí, quiero indicarle..., importunarle... Espero que declare su última voluntad, y yo he de mostrarle esto. *(Por la bolsa.)*

CORBACCIO.—¡Ah! Bien, bien.

MOSCA.—Sería lo mejor que hicieseis caso.

CORBACCIO.—También lo creo.

MOSCA.—Así que mejor será que volváis en seguida a vuestra casa; que allí hagáis vos testamento y nombréis a mi amo heredero universal.

CORBACCIO.—¿Y mi hijo?

MOSCA.—No hay inconveniente. Y eso daría más valor a vuestra generosidad...

CORBACCIO.—Sí, claro, lo comprendo.

MOSCA.—Me enseñáis el documento. Y cuando yo encomie, como he de hacerlo, vuestros cuidados, vuestras noches en vela, vuestras plegarias, vuestros regalos, acabaré mi letanía mostrando el documento... Y un testamento donde no se repare en vuestra propia sangre, en un hijo como el vuestro, de tan altos méritos; un testamento donde todo vuestro amor se ha torcido hacia mi amo... No va a ser tan estúpido ni tan duro de corazón que aunque sólo fuera por gratitud...

CORBACCIO.—En resumen. Que me nombrará heredero suyo.

MOSCA.—Naturalmente.

CORBACCIO.—Ya se me había ocurrido eso a mí.

MOSCA.—Lo creo... Y en cuanto lo logremos... Como habéis de sobrevivirle...

CORBACCIO.—Sí, claro.

MOSCA.—¡Un hombre tan robusto!

CORBACCIO.—Eso es... Como yo lo pensé muchas veces. Por fin encontré un intérprete de mi idea.

MOSCA.—No sólo habrá logrado un bien para sí... Sino que...

CORBACCIO.—Caerá multiplicado sobre el hijo.

MOSCA.—Evidente, señor.

CORBACCIO.—También se me había ocurrido.

MOSCA.—El cielo sabe que toda mi solicitud se encaminaba hacia vos.

CORBACCIO.—Lo comprendo, simpático Mosca.

MOSCA.—Por vos trabajo ahora en esta casa.

CORBACCIO.—Bien, bien, gracias. Voy a prepararlo todo. *(Inicia el mutis.)*

VOLPONE.—*(Desde su cama.)* ¡Anda y que te desplumen, cuervo!

CORBACCIO.—*(A Mosca.)* Yo... creo en tu honradez.

MOSCA.—*(Aparte.)* Hasta en eso miente.

CORBACCIO.—Y...

MOSCA.—Comprendéis tan bien como oís, señor.

CORBACCIO.—Seré un padre para ti. Puedes estar seguro.

MOSCA.—*(Idem.)* Y tú de que seré un hermano peligroso.

CORBACCIO.—Aun puedo otra vez ser joven, ¿no es eso?

MOSCA.—Sois un admirable pollino.

CORBACCIO,—¿Cómo?

MOSCA.—Señor... Elogiaba vuestro tino.

CORBACCIO.—Verás, verás... ¡Ea! Me marcho. *(Sale.)*

ESCENA IV

VOLPONE Y MOSCA.

VOLPONE.—*(Saltando de la cama.)* Me muero de risa. ¡No puedo más!

MOSCA.—¡Freno, freno, señor! Ya veis qué esperanzas le di. Debajo de ellas se esconde el anzuelo.

VOLPONE.—¡Pero qué bien se lo hiciste tragar! Revienta de alegría. Abrázame, perillán. Nunca te vi tan inspirado.

MOSCA.—Son cosas que aprendí de vos. Es vuestra misma escuela... Y no es difícil mi papel. Total... Un poco de labia, dorar la píldora... y ¡a la calle!

VOLPONE.—Tienes razón. Ellos mismos se engañan. El avaro encuentra en sí mismo su castigo.

MOSCA.—Vos no sois mala ayuda, señor... Y ¿qué me decís de esta bolsa?

VOLPONE.—Guárdala, Mosca. No perdimos el día.

MOSCA.—Han de venir cosas mayores. Rivalizarán todos ellos por obsequiaros hasta arruinarse. A trueque de lograr vuestra fortuna, os cederán todos la suya.

VOLPONE.—¡Su fortuna! Toda nunca podrán cedérmela. Hay algo que yo nunca podré hacer mío. Ese Corvino... *(Melancólico.)* Lo que posee Corvino nunca vendrá a mis manos.

MOSCA.—¿A vuestras manos o... a vuestros brazos? Ya, ya, sé.

VOLPONE.—Celia...

MOSCA.—Sí, su mujer. Lo he comprendido.

VOLPONE.—Una sola vez la he visto..., por una casualidad. Pero la he seguido viendo siempre. ¿Tú la conoces?

MOSCA.—Es deliciosa... *(Sombrío.)* Pero hombre más celoso que Corvino no ha nacido de mujer.

VOLPONE.—Lo sé. Anda rodeada de espías, que se espían también a sí mismos. ¡Es inútil pensar en ella!

MOSCA.—Con todo, señor... Sabéis que la extrema esclavitud produce un extremo afán de libertad. Tanto se esti-

ra una malla que acaba por romperse... Lo difícil sería hallar el punto más débil... Creo que lo encontré.

VOLPONE.—¡Dime, dime! *(Llaman.)*

MOSCA.—Ya veréis, ya veréis. Quien llama es el señor Corvino. Volved a vuestra cama, y prestad oído... Ahora vais a ver... ¿Quién es?

ESCENA V

VOLPONE, MOSCA Y CORVINO.

MOSCA.—¡Señor Corvino! ¡Dichosos los ojos! ¡Si supieseis...! ¡Qué suerte la vuestra!

CORVINO.—¿Qué? ¿Qué? ¿Ocurre algo?

MOSCA.—Tardó en sonar la hora, pero... ¡ya sonó!

CORVINO.—¡Murió, murió, por fin!

MOSCA.—Aun no. Pero... es lo mismo. Ya no conoce.

CORVINO.—Y ¿qué hago yo ahora?

MOSCA.—¿A qué se refiere, señor?

CORVINO.—Es que, verás...; le había traído una perla.

MOSCA.—Acaso le quede una chispa de memoria para reconoceros... Hace un momento le estaba llamando. Puedo aseguraros que vuestro nombre no se le cae de la boca... Y... ¿es fina la perla, señor?

CORVINO.—Nunca se vió en Venecia ninguna semejante.

VOLPONE.—*(Débilmente.)* ¡Señor Corvino!

MOSCA.—¡Oiga!

VOLPONE.—¡Señor Corvino!

MOSCA.—Os está llamando. Acercaos... Llevádsela... Aquí está, señor. Os trae una perla riquísima.

CORVINO.—¿Cómo os encontráis, señor? *(A Mosca.)* Dile que dobla los doce quilates.

MOSCA.—No nos oye, señor. Se quedó sordo; pero para él será un consuelo veros aquí.

CORVINO.—Dile que también le guardo un diamante.

MOSCA.—Mejor será que se lo mostréis. Acercádselo a

la mano, para que se dé cuenta. ¿Has visto? ¡Cómo lo sujeta!

CORVINO.—¡Pobre caballero! ¡Qué tristeza verle así!

MOSCA.—¡Bah! Tiene su compensación... Yo *(vivamente)* no creo en lágrimas de heredero.

CORVINO.—¿Cómo? ¿Yo su heredero?

MOSCA.—*(Misterioso.)* Señor... Yo juré guardar el secreto, mientras él viva; esconder el testamento... Pero aquí estuvieron Corbaccio, Voltore, otros muchos, no sé cuántos; y todos a caza de un legado... Pero yo, aprovechándome de su buena disposición, decidí...

CORVINO.—¿Qué? ¿Qué?

MOSCA.—Ahora veréis. Como siempre estaba murmurando *"¡Señor Corvino!" (Finge la voz de Volpone.) "¡Señor Corvino!"*, tomé papel y pluma y me jugué el todo por el todo a favor vuestro. Le pregunté a quién nombraba heredero, y cantó... *"¡Señor Corvino! ¡Señor Corvino!"* seguía diciendo... Seguí preguntándole otras cosas, y él, entonces, calló. Yo interpreté su silencio como señal de afirmación. Para mí, sus movimientos de cabeza, originados por la debilidad, eran un repetido *sí*... Y despedí a todos los demás sin otro legado que algunas blasfemias y maldiciones.

CORVINO.—¡Querido Mosca! *(Le abraza.)* ¿No nos verá?

MOSCA.—Mejor nos vería una estatua.

CORVINO.—¿Estás seguro?

MOSCA.—Segurísimo. Ya veréis. *(Grita al oído de Volpone.)* ¡Venga el cólera a colaborar con vuestras otras enfermedades, para que cuanto antes se os lleve el diablo! ¿Lo veis? Acercaos, señor Corvino. *(A Volpone.)* Cierra ya de una vez tus ojos para que no vean más esas tus mejillas colgantes como pellejos, que se escapan de la calavera... Que parecen trapos de fregar, ya inservibles. *(A Corvino.)* Decid también algo.

CORVINO.—*(Alto.)* Pues... podríamos añadir que más bien parecen paredes ahumadas, por las que se abrió surcos la lluvia.

MOSCA.—¡Muy bien, señor! Continuad. No le molestáis lo más mínimo. Aunque le disparaseis un mosquete.

CORVINO.—La verdad es que tiene las narices como una alcantarilla.

MOSCA.—¡Magnífico! Pues... ¿y la boca?

CORVINO.—Como un muladar.

MOSCA.—Pues, a taparla de una vez.

CORVINO.—¡Eso no!

MOSCA.—¡Déjeme a mí! Es cosa de preparar una almohada... Colocarla bien... ¡Y se acabó! Podríamos situársela encima... yo o la enfermera.

CORVINO.—No... Pero, en fin, haced lo que queráis, siempre que yo no esté aquí.

MOSCA.—Convenido. Sólo vuestra presencia le prolonga la vida.

CORVINO.—Y..., oye. Sin violencias, ¿eh?, sin violencias.

MOSCA.—¿Qué más da? Una muerte apacible; una agonía blanda... ¿Tenéis escrúpulos?

CORVINO.—En fin... Quede a tu discreción.

MO,CA.—Señor, soy todo vuestro. Podéis marcharos.

CORVINO.—Mosca... *(Conmovido.)* ¡Incomparable Mosca! Eres mi amigo, mi camarada, mi socio... Serás partícipe de todo lo mío.

MOSCA.—Con todo, señor, algo hay también un poco molesto para vos... Sentiría daros un disgusto.

CORVINO.—*(Alarmado.)* ¿Qué, qué? ¡Habla!

MOSCA.—*(Con misterio.)* El señor Voltore y el señor Corbaccio han reunido unos famosos doctores... ¡Ya podéis suponer con qué intención! Es una consulta sospechosa.

CORVINO.—Lo imagino. ¿Y qué?

MOSCA.—Parece que han convenido en que para salvar a mi señor no hay otro medio que traerle una mujer en plena juventud, en plena vida...

CORVINO.—¡Como al rey David!

MOSCA.—No sé... Sólo sé que tal es su propósito.

CORVINO.—Es como querer asesinarlo de un golpe... Después de todo, no está mal pensado.

MOSCA.—Os lo quise advertir, porque me consta que andan buscando una mujer que les sirva de específico. Ya veis... Esto puede complicar vuestros deseos. Creo que vos mismo debierais traer la muchacha.

CORVINO.—Claro... Tienes razón... Y no hay que perder tiempo. Busquemos a cualquiera de esas infelices...

MOSCA.—Ya pensé en una... Pero son todas tan astutas, tan zalameras, y la vejez es tan manejable y corta de vista, que temo mucho dar con una mozuela que acabara por burlarse de todos.

CORVINO.—Cierto.

MOSCA.—No, no es posible. Nada de rameras. Hay que buscar una criatura ingenua, sencilla, fabricada a propósito, que en un momento dado se doblegue a nuestros propósitos... *(Pausa insinuante.)* Oiga... ¿No habrá entre sus parientes alguien que se aviniese...?

CORVINO.—¿Cómo?

MOSCA.—*(Saliéndole al encuentro.)* Hay que pensarlo, hay que pensarlo... *(Otra pausa.)* Parece ser que uno de los médicos ofrece su propia hija... Es un doctor humanitario... Otra vez ofreció su misma sangre. Es un doctor heroico...

CORVINO.—¿Quién es?

MOSCA.—El doctor Lupo.

CORVINO.—¿A su hija?

MOSCA.—A su hija. ¡Y recordad que es doncella, señor! Pero, en confianza... El sabe muy bien el estado del enfermo. Ya sólo la fiebre puede calentarle la sangre. Tanto tiempo lleva postrado que ya no le quedan energías. Además, señor... ¿Quién ha de saberlo? Dos o tres personas.

CORVINO.—Déjame, déjame reflexionar.

MOSCA.—Pensad que si a otro cualquiera se le ofreciese semejante coyuntura, no vacilaría un instante. Porque *(familiar)*, la verdad es que el caso no tiene importancia. Y... ¿por qué no habéis de mandar en vuestras cosas como ese imbécil doctor?

CORVINO.—¡Ea! Tienes razón. Si ese doctor, que nada tiene que esperar, le ofrece su hija, ¿por qué no voy yo

a hacer otro tanto? Voy a adelantarme. ¡Ah, canalla ambiciosa! Mosca, estoy resuelto. Cuando se trata del honor, lo mismo da una hija que una esposa.

MOSCA.—*(Como sin concederle importancia.)* ¿Qué decís, señor?

CORVINO.—Lo que seguramente estás pensando, truhán.

MOSCA.—Señor, porque no lo achacaseis a burla, no os lo propuse yo..., así, lealmente. Porque, fijaos bien: es que los van a aplastar a todos. Eso es ganar la plaza al primer ataque... Bastará una pequeña maniobra con la almohada. *(Con aire inocente.)* Estrategia, señor, muy sencilla. Antes lo hubiese dicho, pero os vi titubear...

CORVINO.—¡Bromas de la conciencia, amigo Mosca!... ¡Ea! Abreviemos, para que nadie se adelante. Te juro que, cuando recobré mi plena razón, se me ocurrió en seguida.

MOSCA.—Os fío que quedará tan ligado a vos que arrojará de su lado a toda esa morralla, y sólo a vos querrá recibir. Pero, esperad a que yo os avise. Aun me queda algo por hacer para redondear vuestro éxito, y me importa que no lo sepáis.

CORVINO.—Pero no tardes en avisarme.

MOSCA.—Perded cuidado. *(Sale Corvino.)*

VOLPONE.—*(Saltando otra vez de la cama.)* ¡Estupendo, divino Mosca! Hoy te has superado. Aquí ya no se recibe a nadie más. ¡Una perla! ¡Un diamante! ¡Una bandeja de plata! ¡Una bolsa de escudos!... ¡Y la más encantadora mujer de Venecia! ¡Prepara danzas, músicas, un banquete! Sensualidad: ¡suelta los frenos! Vida: ¡anégame en tus delicias!

TELON

CUADRO PRIMERO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

MOSCA *y* BONARIO. VOLPONE, *en la cama.*

MOSCA.—*(Entrando.)* Entrad, señor.

BONARIO.—Pero dime, ¿a qué me has hecho venir tan misteriosamente? No hay negocio que podamos tratar juntos.

MOSCA.—Me abruma vuestra cortesía. ¿Es que me desdeñáis por mi humilde condición de criado?

BON.—Tu ruindad es lo que desdeño.

MOSCA.—¿Cómo? ¿Ruindad?

BON.—Exactamente. Eres holgazán, adulador; cultivas todos los modos miserables de ganar la vida... ¿Te parece poco?

MOSCA.—Esos son cargos muy vulgares, señor, y fáciles de sostener contra la misma honradez, cuando la honradez es pobre. Sois injusto conmigo. Seguramente vuestro juicio es sincero, pero esa sinceridad nada vale cuando se juzga sin conocer. Antes de juzgarme debisteis saber quién soy. *(Gimotea.)* Sois inhumano. Yo pongo a San Marcos por testigo...

BON.—Bien, dime lo que sea. ¿De qué se trata?

MOSCA.—De algo que os importa mucho. Porque soy honrado he decidido revelaros un secreto, saltando por encima de mi deber... y faltando a la gratitud que siento hacia mi amo...

BON.—Acaba.

MOSCA.—*(Misterioso.)* El señor Corbaccio, vuestro padre..., tiene intención de desheredaros.

BON.—¿Cómo?

MOSCA.—Es más: quiere arrojaros de su lado, como si no llevaseis su misma sangre.

BON.—Mientes.

MOSCA.—Esta es la verdad, señor. A mí nada me va en ello; pero me interesa como a todo el mundo esa vida de honradez que vos lleváis. Me apena que os atropellen... Eso es todo.

BON.—¡Bah! Yo no puedo admitir la idea de que mi padre sea tan cruel.

MOSCA.—Esa convicción habla muy alto en elogio de vuestra virtud, y seguramente es fruto de vuestra gran ingenuidad. Por eso es más aborrecible y canallesco lo que con vos se intenta hacer... Pero aun no he terminado, señor. Si os dejáis guiar por mí, yo os llevaré adonde no me atrevería a decir que veáis, pero sí que oigáis cuanto se trama... Os van a declarar bastardo. Os van a dar por madre la tierra desnuda.

BON.—Mientes, repito.

MOSCA.—Señor, si no ocurre como os digo, desenvainad vuestra espada y escribid vuestra venganza en mi frente con una señal de villanía. Mucho daño quieren haceros, y ese daño también a mí me hiere... Le aseguro que mi corazón está llorando sangre...

BON.—¡Farsante! ¡Como no me demuestres la verdad de eso que afirmas!...

MOSCA.—Quedará demostrada, señor. Antes de un cuarto de hora vendrá aquí vuestro padre. Cuando él llegue yo os conduciré a un aposento contiguo donde podréis cercioraros de toda la villanía que contra vos se trama. Entretanto, esperad en aquella galería. Allí tenéis libros que os abreviarán el tiempo. Yo cuidaré de que nadie se os acerque.

BON.—Bien, allí espero.

MOSCA.—Llaman. Debe de ser vuestro padre. Si es él, yo iré a buscaros. *(Se van Mosca y Bonario.)*

ESCENA II

VOLPONE, MOSCA, CELIA *y* CORVINO.

MOSCA.—*(Entrando con* CELIA *y* CORVINO.) ¡Mala suerte la mía! *(Habla muy bajo.)* Habéis venido demasiado pronto. ¿No os dije que enviaría a buscaros?

CORV.—Sí, pero temí que se te olvidara y alguien se adelantase.

MOSCA.—¿Adelantarse? *(Aparte.)* Pero ¿es que hubo nunca un hombre con tales deseos de verse coronado? *(Alto.)* Nada escapa a mi previsión, señor Corvino. Confiad en mí. Ahora voy a avisar a mi amo. *(Vase.)*

CELIA.—Señor.... Dejadme volver a nuestra casa.

CORVINO.—*(Rudo.)* ¡No! No puedes volverte atrás.

Hay que decidirse. Yo ya lo tengo resuelto, y así ha de ser. Si nada te dije antes fué para evitar alguna treta.

CELIA.—¡No me sometáis a esta tortura! Si dudáis de mi fidelidad, tenedme encerrada toda la vida. Prefiero las tinieblas a una luz ignominiosa. Dejadme vivir donde nada sufra vuestra confianza, donde ni vos ni yo temamos nada.

CORV.—No pienso en tal cosa. Lo he meditado bien todo... Obedece. ¡Ea!, pórtate como una dócil mujercita...

CELIA.—¡Dios mío!

CORV.—Haz cuanto te dije. Recuerda el parecer de los médicos; piensa en lo mucho que nos importa adelantarnos, en lo que me propongo hacer después... El oro se nos entrará por las puertas y con él una vida feliz... Tienes que convencerte; tienes que respetar mi compromiso...

CELIA.—¿Un compromiso es antes que el honor?

CORV.—¡El honor! ¡Bah! ¡El honor! ¡Pero si eso no existe! Es... una palabra. Un engañabobos. ¿Va a perder de peso mi oro porque lo toquen, y va a rasgarse mi traje porque lo miren?... Pues con eso... ocurre lo mismo. Un vejestorio, sin fuerzas para hablar, que come porque le llevan a la boca el alimento; que apenas es una sombra, una voz temblona en un puñado de huesos...; eso, un despojo de hombre, ¿va a hacerte algún daño?

CELIA.—¡Algún demonio ha entrado en vuestro cuerpo!

CORV.—Y en cuanto a la fama... ¿Es que vamos a gritarlo en la calle? ¿Quién va a saberlo? Nadie. Volpone ya no puede hablar. Su compinche tampoco hablará, porque tengo su lengua en mi bolsillo... ¡Nadie!

CELIA.—¿Y el cielo? ¿Es que todo se acaba en este mundo?

—CORV.—¡Bah!...

CELIA.—¿Por qué no volvéis a ser celoso? Ved que esto es un crimen.

CORV.—Yo te lo consiento, de modo que... Comprenderás que si fuese un crimen yo no te empujaría así... Podrías decir eso cuando yo te ofreciese a un mozo galante,

experto...; pero se trata de una obra de caridad. Compréndelo bien. Lo que te propongo es... un poco de política honrada para asegurar mi hacienda.

MOSCA.—*(Aproximándose.)* Señor... ¿Queréis acercaros?

CORV.—Ea... Tú, delante. ¿Qué? ¿Aun vacilas? ¿Te rebelas? ¡Vas a ser mi ruina!

MOSCA.—Señor... Os viene a ver un excelente amigo.

VOLP.—¡Oh!

MOSCA.—Se enteró del resultado de la consulta y viene a ofreceros... lo que ya sabéis.

CORV.—¡Gracias, gracias, buen Mosca!

MOSCA.—Un amigo generoso; nadie puede decir que yo le rogué... Vino espontáneamente.

CORV.—Bien, Mosca, bien.

MOSCA.—Y con él viene su esposa, cuya belleza es orgullo de la ciudad, como sabéis muy bien, señor.

CORV.—¡Muy bien!

MOSCA.—Viene a curaros, a consolaros...

VOLP.—¡Ay, amigos! Estoy ya muerto... Mosca: dales las gracias por tanta solicitud... Pero es inútil luchar contra la fatalidad. *(Tose.)* Ni una piedra da chispas ni un tronco seco retoña cuando Dios no lo quiere. Pero agradezco mucho su buena voluntad. Dile cuanto hice por él. Que ruegue por mí y goce en paz de mi fortuna.

MOSCA.—Así lo haré, señor.

CORV.—¿Ves? Soy su heredero. ¿Aun te resistes? Por favor, acércate. Esto no es nada, Celia. Ven. No me irrites. Acércate.

CELIA.—Antes me mato. Envenenadme vos, si queréis.

CORV.—¡Maldita mujer! Voy a llevarte a casa arrastrándote por el pelo.

CELIA.—Martirizadme, si queréis.

CORV.—*(Ablandándose.)* No te obstines así. No merezco esa tenacidad. Mira... Te lo ruego, querida... Tendrás joyas, trajes, todo lo que desees... Pero llégate a Volpone

y... dile alguna cosa. mímalo un poco, dale algún beso... ¿Quieres hacerme desgraciado? ¿Vas a empujarme a la ruina?

MOSCA.—Noble dama... Meditad.

CORV.—¡Vaya una coyuntura que ha buscado para lucir su honestidad!

MOSCA.—Buen señor, dejadle meditar... Y vos reflexionad también... El caso es grave.

CELIA.—Si puedo pagar con mi vida este fracaso vuestro, matadme.

CORV.—¡Qué rabia! ¡Con unas palabras que le dijese...

MOSCA.—Quizá si no estuvieseis vos delante fuese más razonable. Naturalmente... ¿Qué ha de hacer ante su propio marido? ¡Idos, dejádmela a mí!

CORV.—Sí. ¡Celia mía, aun puedes salvar la situación. Te dejo. Mi suerte está en tus manos. (*Vase con Mosca.*)

ESCENA III

CELIA *y* VOLPONE. *Luego,* BONARIO.

CELIA.—¡Dios! ¿En dónde se ha escondido la vergüenza de este hombre? ¿Cómo puede hacer así trizas su honor y el mío? ¿A tanto puede llegar la codicia?

VOLP.—(*Saltando de la cama.*) ¡Puede llegar a todo, Celia! Quien no conoce las leyes del amor desprecia todas las otras leyes. Quien te ha vendido, vendería lo mismo su derecho a la gloria. Todo por un puñado de monedas. ¿Qué te sorprende? ¿Por qué me miras así? Tu belleza me ha resucitado. Renazco por ti.

CELIA.—Señor...

VOLP.—No me esquives. No malgastemos las horas en huir del amor cuando el amor nos llama.

CELIA.—¡Que me hiele una escarcha, que el rayo me haga cenizas!

VOLP.—¿Por qué te afliges, Celia mía? En vez de tu esposo despreciable, te encuentras con un ardiente enamorado. Goza de mi hacienda, si gustas. Mira... *(Abre las puertas de su tesoro.)* Todo es tuyo. No necesitas esperar como esos desdichados, no. Ahora mismo puedes llenar tus manos con mis joyas, con mi oro. ¡Mira estas perlas! También son tuyas.

CELIA.—Señor... Estas riquezas podrán estimarlas los amigos del deleite. Yo sólo estimo mi inocencia. Yo no puedo admitir... No penséis en seducirme.

VOLP.—Esa virtud sólo la cultivan los pobres. Oyeme, si eres discreta... Habrá guirnaldas de rosas en tu baño; te rociaré con esencias de violeta, de jazmín... Beberemos un vino de oro que hará dar vueltas al techo...

CELIA.—*(Le interrumpe.)* Si vuestros oídos oyen y vuestros ojos ven; si algo sensible queda en vos, soltadme. Tened piedad de mí. Al menos tenedla para darme la muerte. Si ninguna de estas gracias me otorgáis, ¡saciad en mí vuestra cólera, no vuestra lujuria! Al fin, la cólera es de nobles... ¡Compasión, señor! Dejadme arrodillar...

VOLP.—Estamos perdiendo el tiempo en retóricas inútiles. Primero he debido obrar, y dejar la charla para luego. ¡Cede! No me obligues a emplear la fuerza.

CELIA.—¡Dios! *(Huye de Volpone.)*

VOLP.—¡Bah! ¡No te me escapas! *(Corre tras ella.)*

BONARIO.—*(Entrando bruscamente.)* ¡Quieto ahí, vil alimaña! ¡Suéltala o mueres! *(Se apodera de Celia.)* Pero no, no quiero privar a los jueces del placer de colgarte. ¡Quédate ahí, bribón! Señora... Dejemos este cubil infecto, donde sólo se urden infamias. Nada temáis. Yo sabré guardaros. ¡Ya tendrán ellos su castigo! *(Vanse Celia y Bonario.)*

VOLP.—¡Techumbre, desplómate sobre mis sesos! ¡Entiérrame en tus escombros! ¡Ya estoy descubierto! ¡Me han arrancado el antifaz! *(Aprieta los puños de rabia.)*

ESCENA IV

VOLPONE, MOSCA, CORBACCIO y VOLTORE.

MOSCA.—*(Entra abatido, llevándose las manos a una herida.)* ¿Adónde iré yo ahora, infeliz de mí, después de este pinchazo? *(Se venda.)*

VOLP.—*(Desde el otro extremo del aposento.)* Mosca...

MOSCA.—Señor...

VOLP.—¿Qué te pasa? ¿También sangre?

MOSCA.—También.

VOLP.—¡Ojalá su espada nos hubiera abierto en canal!

MOSCA.—¡No! Que aun vivimos.

VOLP.—Pero vencidos.

MOSCA.—Vivir es continuar luchando.

VOLP.—¿Continuar la burla?

MOSCA.—¡Mejorarla!

VOLP.—Hoy me has hecho añicos, Mosca.

MOSCA.—Os recompondré mañana.

VOLP.—¡Ese mentecato!

MOSCA.—¿Quién iba a pensar que os estaba oyendo? Se me escurrió de entre las manos...

VOLP.—¿Qué hacemos ahora?

MOSCA.—*(En tono de zumba.)* ¡Sepamos morir como romanos, ya que no supimos vivir como atenienses! ¡A la brecha! *(Llaman.)* ¡El enemigo se acerca!

VOLP.—¿Quién será? ¿Los esbirros de la serenísima República? ¡Mosca, estamos perdidos!

MOSCA.—¡Veremos! Aun nos queda algún cartucho. ¡A la cama! ¡Pronto! ¡Yo a defender la trinchera! ¡Sepamos morir como romanos *(Sale.)*, ya que...! *(No se oye el resto.)*

COR.—*(Entrando, a Mosca.)* ¿Qué hay de nuevo, Mosca?

MOSCA.—Estamos aturdidos, desconcertados... Vuestro hijo, no sé por quién, se ha enterado de que os propo-

níais hacer un testamento a favor de mi amo. Llegó a esta casa; entró aquí violentamente, espada en mano... Venía diciendo que erais un ente despreciable, un padre desnaturalizado. Os buscaba para mataros.

COR.—¿A mí?

MOSCA.—A vos y a mi amo.

COR.—Pues ahora es cuando voy a desheredarle de veras. Aquí traigo el testamento.

MOSCA.—Está bien, señor.

COR.—En toda regla. Procura tú que conmigo hagan otro tanto.

MOSCA.—Como de mi piel he de cuidar de vuestros intereses. Soy vuestro en absoluto.

COR.—Y... ¿cómo va? *(En tono de cómplice.)* ¿Crees que morirá pronto?

MOSCA.—Hasta mayo le doy.

COR.—¿Que se muere hoy?

MOSCA.—¡Que dura hasta mayo!

COR.—Y ¿no podríamos propinarle unas gotitas...?

MOSCA.—¡De ningún modo!

COR.—No, si yo no te lo mando, Mosca.

MOSCA.—Volved a vuestra casa, bien tranquilo. Hoy mismo testará a favor vuestro.

COR.—En ti confío. *(Vase.)*

MOSCA.—Podéis hacerlo, señor.

VOLT.—*(Que habrá estado oyéndolos, se hace visible.)* ¡Ya, ya te veo!

MOSCA.—*(Reparando en él.)* ¡Oh! ¡El señor Voltore! ¿Quién iba a pensar...? Bien venido.

VOLT.—No soy bien venido, porque he llegado a punto de descubrir tus mañas. Conque... *suyo* en absoluto, ¿eh? Y *mío*... ¿Y de quién más?

MOSCA.—¿Quién, señor? *(Con aplomo.)* ¿Yo?

VOLT.—Tú. ¿Qué es eso del testamento?

MOSCA.—*(Riendo.)* ¡Qué susto! ¡Pero si es una artimaña en favor vuestro!

VOLT.—Suprime las tretas conmigo. Las huelo.

MOSCA.—Pero... ¿no habéis oído?

VOLT.—Oí que Corbaccio nombraba heredero suyo a tu amo.

MOSCA.—Claro. Pero lo que yo me propuse al urdir esto...

VOLT.—Era que tu amo nombrara heredero a Corbaccio ¿No es eso?

MOSCA.—El testamento está a vuestro favor. Se lo conté todo a su hijo, traje a Bonario aquí, lo tuve escondido para que oyera lo que intentaba su padre. Yo sabía que una acción tan ruin le irritaría mucho, que cometería algún acto de violencia contra su padre y así habría motivo legal para escamotearle la herencia... Doble esperanza para vos. Yo sólo me proponía extraer una fortuna de estos dos sepulcros blanqueados, señor. Esta es la verdad.

VOLT.—Perdóname, Mosca.

MOSCA.—Todo lo merecen vuestras bondades, señor. Y, ¿sabéis lo que ocurre?

VOLT.—¿Qué?

MOSCA.—Una gran desdicha. Tenéis que ayudarme... Cuando esperábamos al viejo cuervo, se presentó aquí la mujer de Corvino, enviada por su esposo.

VOLT.—¿Con algún regalo?

MOSCA.—De visita... Después os lo diré. Se detuvo algún rato, y Bonario se impacientó, entró aquí de pronto, se apoderó de Celia y me agredió. Ved la herida. Después obligó a la mujer de Corvino a declarar que intentaban seducirla... ¡Ya veis cómo está mi amo! En fin, que salió de aquí dispuesto a acusar a su padre, a difamar a mi amo, a ser nuestra ruina...

VOLT.—¿Y el marido?

MOSCA.—Voy a buscarlo.

VOLT.—¿Le llevaréis al tribunal?

MOSCA.—Sí.

VOLT.—Hay que cortar por lo sano.

MOSCA.—Sois noble, señor. Todo estaba preparado a vuestro gusto, pero la fortuna nos vuelve alguna vez la espalda.

VOLT.—No temas. Yo defenderé a tu amo, y he de lograr que metan en la cárcel a todos los que le difaman. Ven conmigo, Mosca. Verás cómo en seguida los procesan.

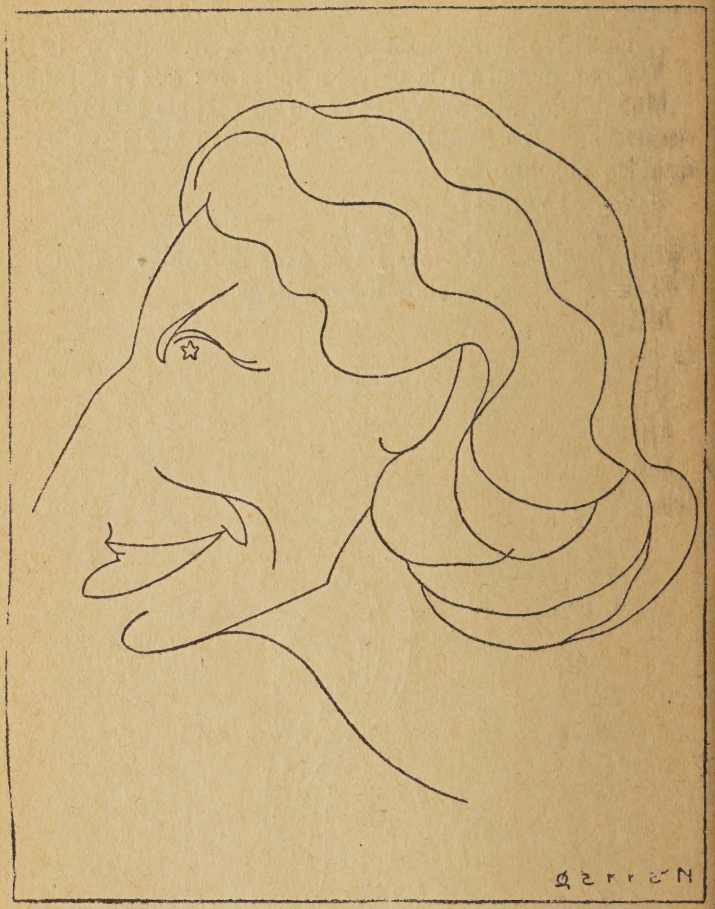
MOSCA.—Vos mandáis, señor. Vuestro soy *(Subrayando.)* en absoluto.

VOLT.—¿Vamos?

MOSCA.—Vamos. *(Vanse.)*

VOLT.—*(Levantándose.)* Las aves de rapiña harán justicia y serán condenados los corderos.

Mutación.



MARGARITA ROBLES

CUADRO SEGUNDO

La sala de un Tribunal.

ESCENA PRIMERA

VOLTORE, CORBACCIO, CORVINO y MOSCA.

VOLT.—Ya estáis enterados. Ahora sólo falta firmeza.

MOSCA.—¿Saben todos lo que han de hacer?

CORV.—Todos.

MOSCA.—Pues a no achicarse.

CORV.—Y el abogado *(por Voltore)*, ¿sabe la verdad?

MOSCA.—De ningún modo. Urdí un cuento que salvaría vuestra reputación. ¡Animo, señor!

CORV.—A él le temo más que a nadie. Verás cómo le tira un pellizco a la herencia, a cuenta del informe.

MOSCA.—¡Como no tire de la cuerda con que le ahorquen! Pero nos van a ser útiles sus graznidos.

CORV.—¿Qué vamos a hacer con él?

MOSCA.—¿Cuando todo termine?

CORV.—Sí.

MOSCA.—Pues... ya veremos. Podríamos venderle en calidad de momia... ¡Es ya de cartón...! *(A Voltore.)* ¡Gran señor! Que Mercurio dé alas a vuestra voz tonante y Hércules energías a vuestros pulmones. ¡Destrozad a los adversarios! A *vuestros* adversarios, naturalmente, señor.

VOLT.—Ya vienen.

ESCENA II

(Los mismos, BONARIO, CELIA, *cinco magistrados, el escribano y otros funcionarios de la Justicia. Hablan los magistrados con un empaque grotesco y solemne.)*

MAG. 1.°—Nunca se oyó en el Tribunal causa como ésta.

MAG. 2.°—La relación de los hechos ha de parecer muy extraña.

MAG. 3.°—El honor de la dama siempre fué intachable.

MAG. 4.°—El del joven, también.

MAG. 5.°—¡Veremos, veremos! *(Campanudo siempre.)*

MAG. 1.°—Juzgaremos sin pasión.

MAG. 2.°—El señor Corbaccio es un padre indigno.

MAG. 3.°—Y el marido es un sujeto de muy ruin condición.

MAG. 4.°—Su vergonzosa hazaña ruboriza a un poste.

MAG. 5.°—¡Meditemos, meditemos!

MAG. 1.°—¡Indigna tan villana acción!

MAG. 2.°—Seremos inflexibles.

MAG. 3.°—No haya clemencia.

MAG. 4.°—No puede haber perdón.

MAG. 5.°—¡Veremos, veremos!

MAG. 1.°—¡Justicia!

MAG. 2.°—¡La horca!

MAG. 3.°—¡Justicia!

MAG. 4.°—¡La horca!

MAG. 5.°—¡Juzgaremos, juzgaremos!

MAG. 1.°—Queda abierta la sesión. ¿Comparecen todos los testigos?

ESCR.—Falta el señor Volpone.

MAG. 1.°—¿Cómo no ha comparecido?

MOSCA.—Con perdón de vuestras excelencias... Aquí está su abogado... El se encuentra tan débil, tan abatido...

MAG. 1.°—Y vos, ¿quién sois?

BON.—Señor, es el criado de Volpone. Ruego al Tri-

bunal que obligue a comparecer al amo. Que los ojos severos del Tribunal puedan juzgar tamaña impostura.

VOLT.—Yo aseguro que Volpone está enfermo. No podría salir a la intemperie.

MAG 2.°—A pesar de todo, que comparezca.

MAG. 3.°—Queremos tenerlo delante.

MAG. 4.°—Tráiganlo en seguida.

MAG. 5.°—¡Le veremos, le veremos!

VOLT.—Seréis obedecidos. *(Vanse dos alguaciles.)* Pero seguro estoy de que su aspecto ha de moveros a compasión, en vez de indignaros. Con la venia del Tribunal, mientras Volpone llega, quiero comenzar mi alegato... *(Respira.)* Yo sé que en tan respetable Tribunal no puede haber parcialidades. Por eso pido justicia; demasiado sé que poseemos la verdad...

MAG. 1.°—Podéis seguir hablando.

VOLT.—Con vuestra venia. Voy a revelaros la más descarada red de traiciones que jamás pudo tenderse en los dominios de Venecia. Esta impúdica mujer, a la que no le faltan algunas lágrimas para hacer más interesante el antifaz de inocencia con que se cubre, fué siempre señalada como adúltera, precisamente con el joven libertino que aparece a su lado. No son sólo sospechas de adulterio, sino adulterio comprobado. Fué sorprendida en flagrante delito, y perdonada por este hombre, su indulgente esposo, que hoy comparece aquí abrumado bajo el peso de su infortunio, acusado por su misma indulgencia. Porque los cómplices, sin reconocer cuanto debían a tanta generosidad, le pagaron con la mayor vergüenza. Incapaces de sentir la gratitud que se le debe, contestaron al beneficio con el odio; decidieron extirpar la memoria misma de tanta generosidad. Ruego a vuestras excelencias que se den cuenta bien de la malicia, de la rabia de estas criaturas al verse descubiertas... Pero esto ha de aclararse luego. Este caballero, el padre, conocedor del insensato proceder de su hijo, y antes que nada afligido

por tener que renegar de un hijo cuya perversidad crecía como las olas, resolvió, por fin, desheredarlo.

MAG. 1.°—¡Qué extraño proceder!

MAG. 2.°—El mozo tuvo siempre buena fama.

MAG. 5.°—¡Lo averiguaremos! ¡Lo averiguaremos!

VOLT.—El vicio es tanto más peligroso cuanto más busca la sombra de una virtud... Pero, como os iba diciendo, señores, una vez que su padre concibió aquel propósito, este hijo, quién sabe por qué medios, llegó a enterarse y eligió el día de hoy para realizar su hazaña. Este parricida—no tengo nombre mejor que darle—, de acuerdo con su manceba, fué a encontrarle a casa de Volpone, de Volpone, que era, recuérdenlo bien, señores, el nombrado heredero. En esa casa halló a Corbaccio, su padre. Fué también a buscarlo allí... ¡y con qué aviesa intención! ¡Quería asesinarle! Y al no lograrlo, por una feliz coyuntura, ¿qué hizo? Sacó al anciano Volpone del lecho del dolor en que gime tres años ha, le arrastró desnudo por el suelo, le dejó allí abandonado... Después hirió de muerte a un criado, y en compañía de esta mujer lasciva, su cómplice de siempre, imaginó... Tomen, tomen buena nota de mis importantísimas conclusiones... Imaginó desbaratar de una vez los designios de su padre, desacreditando la libre elección hecha a favor del caballero Volpone. Quiere, señores, sincerarse volcando sus calumnias sobre este hombre por quien debiera dar la vida.

MAG. 1.°—Pruebas... ¿Tenéis pruebas?

BON.—Pido humildemente que no se dé crédito alguno a la lengua mercenaria de este hombre.

MAG. 1.°—Conteneos.

MAG. 2.°—Conteneos.

MAG. 3.°—Conteneos.

BON.—Su verdad está en su salario.

MAG. 1.°—Señor mío...

BON.—Por seis sueldos más, este hombre atacaría al Sumo Hacedor.

MAG. 1.°—¡Perdéis el tino!

VOLT.—¡Dejadle que desatine! ¿Cómo va a respetar a su acusador quien no tiene piedad de su mismo padre?

MAG. 1.°—Bien, bien. Vengan las pruebas.

MAG. 2.°—¡Las pruebas!

MAG. 3.°—¡Las pruebas!

CELIA.—¡Quisiera olvidarme de que vivo!

VOLT.—Señor Corbaccio...

MAG. 1.°—¿Quién es?

VOLT.—Es el padre.

MAG. 1.°—¿Prestó juramento?

ESCR.—Sí.

CORB.—¿Qué, qué debo hacer?

ESCR.—Se os pide que declaréis en el proceso. Se acusa a vuestro hijo.

CORB.—Yo también le acuso. Reniego de él. No le conozco.

MAG. 1.°—Decid las razones.

MAG. 2.°—¡Las razones!

MAG. 3.°—¡Las razones!

CORB.—Es un monstruo. No lleva mi sangre...

BON.—¡A qué extremo te han llevado esos miserables!

CORB.—¡Víbora, no quiero oírte!

MAG. 1.°—¡Respeto al Tribunal!

MAG. 2.°—¡Respeto!

MAG. 3.°—¡Respeto!

BON.—Prefiero que padezca mi honor a tener que resistir a mi padre. *(Se sienta.)*

VOLT.—Señor Corvino... *(Se adelanta Corvino.)*

MAG. 1.°—¡Qué extraño es todo esto!

MAG. 2.°—¿Quién es éste?

ESCR.—El marido.

MAG. 1.°—¿Juró?

ESCR.—Juró.

MAG. 3.°—Hable, pues.

CORV.—Esta mujer, con perdón vuestro, es una hembra desenfrenada. Es... una ramera.

MAG. 1.°—¡Basta ya!

MAG. 2.°—Respeto al Tribunal.

MAG. 3.°—¡Respeto!

CORV.—Tendré respeto. No quiero herir vuestros oídos paternales. Pero quisiera decir que yo mismo la he visto enlazada a su robusto galán... Mi historia podría ser escrita en un libro con tapas de cuerno.

MAG. 1.°—Su dolor le ha desquiciado.

MAG. 3.°—Lleváoslo.

MAG. 2.°—Ha perdido el tino.

MAG. 1.°—Vean a la mujer. *(Celia se desmaya.)*

CORV.—¡Qué bien sabe fingir! *(Quiere acercarse a ella.)*

MAG. 2.°—¡No os acerquéis a ella!

MAG. 3.°—¡Aire, dadle aire! *(A Mosca, que trae la herida vendada.)*

MAG. 1.°—Y vos, ¿qué declaráis?

MOSCA.—Mi herida. Salvo vuestra respetable opinión, creo que mi herida habla por mí. La recibí en defensa de mi amo, en el momento en que Bonario buscaba a su padre y la dama, que tenía bien aprendido su papel, comenzó a pedir socorro.

BON.—¡Qué desfachatez! Señores respetables...

MAG. 1.°—¡Callaos! Como vos hablaisteis, también él ha de hablar.

MAG. 2.°—Comienzo a oler que aquí hay engaño.

MAG. 3.°—Barrunto la impostura.

MAG. 4.°—Y yo.

MAG. 5.°—¡Veremos, veremos!

MAG. 1.°—La mujer está muy inquieta.

MOSCA.—Con la venia del Tribunal... La liviandad de esta mujer es bien notoria.

CORV.—Es frenética, insaciable.

MAG. 1.°—¡Callad! *(A Bonario y Celia.)* ¿Qué testigos tenéis en descargo vuestro?

BON.—¡Nuestra conciencia!

MAGS.—*(Se miran asombrados, hacen gestos negativos.)*

CELIA.—Y el cielo, que jamás abandona al inocente.

MAG. 1.°—¡Esos no son testigos!

MAG. 2.°—¡No!

MAG. 3.°—¡No!

BON.—¡No lo son en vuestros Tribunales, donde se prefiere oír a la chusma!

MAG. 1.°—¡Insolente! *(Gran escándalo entre los cinco magistrados.)*

ESCENA II

(Los mismos y VOLPONE *en una camilla traída por los alguaciles.)*

MAG. 2.°—*(Dominando la algarabía de toda la escena.)* ¡Silencio!

VOLTORE.—Aquí llega, aquí, el gran testigo que a todos sabrá convenceros, que hará enmudecer las lenguas procaces. ¡Ved aquí al seductor, al impostor! ¡Pobre infeliz! ¿Quién podrá decir que estas manos temblorosas traten de acariciar un cuerpo de mujer! *(Estremecido.)* ¡Oh, jueces impasibles! Si esto puede tolerarse, ¿qué ciudadano tendrá ya segura su vida y su fama? ¿Quién podrá escapar a la calumnia? *(Pausa solemne y grotesca.)* ¡Os recomiendo, señores, a este respetable anciano, cuya vida ha peligrado por culpa de esos mequetrefes! *(Gesto teatral desmesurado.)*

MAG. 1.°—Bien dicho, Voltore. ¡Pronto! ¡Llevadlos presos!

MAG. 2.°—Y por separado.

MAG. 3.°—¡Qué farsa tan indigna!

MAG. 4.°—¡Seres abyectos!

MAG. 5.°—¡Juzgaremos, juzgaremos!

MAG. 1.°—¡Sin pasión!
MAG. 2.°—¡Sin pasión!
MAG. 3.°—¡Que lleven a su casa al noble Volpone!
MAG. 4.°—¡Vaya un par de víboras!
MAG. 5.°—¡Juzgaremos, juzgaremos!
MAG. 1.°—¡Sin clemencia!
MAG. 2.°—¡Sin perdón!
MAGS. 3.° 4.° y 5.°—¡Justicia seca!
MAG. 1.°—¡Se levanta la sesión! (*Salen los Magistrados, con el Escribano, alguaciles y Celia y Bonario.*)

ESCENA III

VOLTORE, MOSCA, CORBACCIO y CORVINO.

VOLTORE.—¿Qué, qué os ha parecido?
MOSCA.—Estupendo. Tan bien lo hicisteis, que merecíais que os nombrasen heredero de toda Venecia. En San Marcos debieran alzaros una estatua... Señor Corvino: Quisiera llevaros en triunfo a vuestra casa. Bien habéis ganado la corona.
CORVINO.—¡Bribón!
MOSCA.—(*Mefistofélico, como siempre.*) Es que ha valido más que os proclamasen... (*Hace el signo de los cuernos.*), que perder lo otro.
CORVINO.—¡Claro claro! La falta es de ella.
MOSCA.—¡Como si fuese vuestra!
CORVINO.—Pero, mira, aun desconfío de ese abogado.
MOSCA.—No hay que temer nada.
CORVINO.—En ti confío, Mosca.
MOSCA.—Podéis confiar tranquilo.
CORVINO.—Guardarás bien todo aquello...
MOSCA.—Como si fuese mío. Yo os daré el inventario. (*Vase Corvino.*)

CORBACCIO.—Mosca...

MOSCA.—¿Qué queréis, señor?

CORBACCIO.—¿Tienes prisa?

MOSCA.—La tengo en serviros.

CORBACCIO.—¿Y a nadie más?

MOSCA.—A nadie.

CORBACCIO.—Pues no hay que dormirse.

MOSCA.—Seré un lince.

CORBACCIO.—Que todo esté bien guardado: joyas, vajilla, muebles...

MOSCA.—Todo, señor. Como si se tratase de mi hacienda.

CORBACCIO.—Sabré recompensarte. (*Vase.*)

MOSCA.—¡Por todos los huesos de los mártires! ¿Qué horrendo delito cometería este hombre en su juventud para merecer tal arco en las espaldas? (*A Voltore.*) Ya lo veis, señor. Me parece que trabajo bien en favor vuestro... No os dais por enterado.

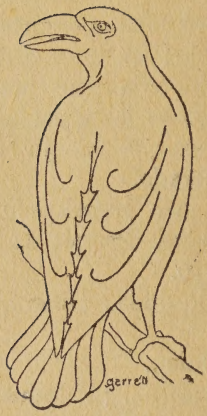
VOLTORE.—*(Con aire preocupado.)* Pero dime... Creo que ya no habrá dudas, después de lo que he hecho. Que seré el único heredero.

MOSCA.—¿Quién lo duda? Dinero, muebles, joyas... Todo es vuestro.

VOLTORE.—Mío, mío...

MOSCA.—Todo vuestro... ¡Y todos del mismo diablo!

TELON


gerrett

CUADRO PRIMERO

Aposento de VOLPONE.

ESCENA PRIMERA

VOLPONE y MOSCA.

VOLPONE.—¡Bien! Salimos del trance. Nunca me ha molestado tanto la farsa. En casa, entre los amigos, no está mal; pero en público... Era ya demasiado. No pienso ya caer en la tentación de ser un moribundo ambulante.

MOSCA.—Lo hicisteis muy bien.

VOLPONE.—Muy pesado, muy pesado el papelito. Llegué a sentir un calambre... Puedes creer que he llegado a pensar en una verdadera parálisis, en un castigo de arriba... *(Señalando al cielo.)*

MOSCA.—*(Rompe a reír.)*

VOLPONE.—¡Ea! ¡Se acabó! Sacudamos esta pesadilla... ¡A beber! Venga una copa de ese vino añejo que guardamos para el minuto del remordimiento... *(Bebe.)* El remordimiento se va, lo siento deslizarse por mis piernas, por mis brazos, huir por las puntas de los dedos... ¡La vida y la sangre me vuelven con este vino espantapájaros!...

MOSCA.—¿Qué pájaros?

VOLPONE.—Hablo de mis pajarracos interiores, Mosca... Los otros, los de fuera... ¡Bah!

MOSCA.—¡Buena broma les hemos dado! Un poco peligrosa, eso sí... ¿No fuímos demasiados lejos? La burla del tribunal fué algo pesada.

VOLPONE.—En toda burla, hay un pez sacrificado. En la nuestra hubo dos... ¿Quién los empujó hacia nuestra red? Pero, ¿y torcer el curso de un torrente de leyes, y volverlas todas contra un infeliz? ¿No es nada?

MOSCA.—Sí, una maniobra bonita.

VOLPONE.—Exacto. Y lo más sorprendente es que ellos nada hayan sospechado.

MOSCA.—Se comprende. Cada uno está tan metido en sí mismo, que no ve nada en los otros. Su propia inquietud le impide ver la inquietud de los demás.

VOLPONE.—Pues esto no es nada, Mosca, comparado con lo que estoy urdiendo. Vamos a reírnos más a gusto que nunca. He inventado una broma...

MOSCA.—Será, como todas las vuestras, ingeniosa.

VOLPONE.—¿Has hecho lo que te dije?

MOSCA.—Inmediatamente. Por toda la ciudad corre ya la noticia de vuestro fallecimiento, Pero, ¿qué estáis fraguando?

VOLPONE.—Verás. En seguida tendrás aquí el buitre, el cuervo y el milano. Vendrán a caza de noticias, a olfatear la presa. Llegarán sin aliento, desencajados, convulsos...

MOSCA.—Y verán cómo se les va la presa de la boca.

VOLPONE.—Justo. Vas a endosarte una bata y a pasar

por heredero mío. Les mostrarás un testamento... Tráemelo. Está en esa arquilla. Verás. Tiene los nombres en blanco.

MOSCA.—¿Este?

VOLPONE.—Sí, voy a escribir aquí tu nombre.

MOSCA.—Va a ser muy divertido.

VOLPONE.—Sí. Se van a quedar de piedra. Tu comienzas a tratarlos con aire despectivo... ¿Eh? Corre. Ponte la bata.

MOSCA.—*(Se pone la bata de Volpone.)* Pero... ¿y si quieren ver el cadáver?

VOLPONE.—Dices que está descompuesto... Cuestión de higiene... Lo que quieras. Toma el testamento, cálate el gorro, unas gafas, coge un libro de cuentas, pluma, tinta... Rodéate de papeles, como si estuvieses haciendo el inventario. Yo, escondido ahí, lo oiré todo cómodamente, sentado en mi sillón. Me asomaré alguna vez a ver qué cara ponen. Veré cómo van cambiando de color. Cómo se ponen amarillos, verdes, encendidos... El espectáculo más curioso de la tierra es ver reaccionar a los hombres ante algo inesperado. Por su cara van pasando todos los gestos y todos los colores. La luz de fuera y las sombras de dentro se encuentran en una misma superficie.

MOSCA.—*(Se atavía como le indican.)* Señor, ese ambicioso abogadillo se va a quedar turulato. *(Contoneándose.)* ¿Qué tal?

VOLPONE.—Vas a cortarle el hilo de su inflada oratoria.

MOSCA.—Y el vejete de espaldas en bóveda nos va a sacar sus púas, como el erizo cuando se le toca.

VOLPONE.—¿Y Corvino?

MOSCA.—¡Habrá que verle correr por la calle hecho un loco...! *(Llaman.)* Alguien viene.

VOLPONE.—Mira quién es.

MOSCA.—*(Lo hace.)* ¡El buitre! El del olfato más fino.

VOLPONE.—¡Me voy al sepulcro! Tú quédate en la tierra. Y más vivo que nunca. *(Se esconde.)*

ESCENA II

Los mismos, VOLTORE, CORBACCIO Y CORVINO.

VOLTORE.—¿Qué hay de noticias, Mosca? ¡Cuenta, cuenta!

MOSCA.—*(Escribiendo.)* Alfombras turcas..., nueve. Lámparas de bronce..., dos. De plata...

VOLTORE.—El inventario, ¿no? ¡Muy bien, muy bien!

MOSCA.—Colchas con encajes..., cinco. Candelabros de oro...

VOLTORE.—¿Y el testamento? ¿Por dónde anda el testamento?

MOSCA.—Crucifijos de marfil..., tres. Sitiales de cuero..., ocho.

VOLTORE.—Oye, Mosca, ¡el testamento! Quiero verlo.

CORBACCIO.—*(Entra cada vez más encorvado.)* ¡Mosca!

VOLTORE.—Ya viene éste a molestar.

MOSCA.—... de brocado de oro y tres bordados de perlas...

CORBACCIO.—¿Qué? Acabó todo, ¿no es eso?

MOSCA.—...de terciopelo varios y cinco de damasco rojo...

VOLTORE.—¡Con qué solicitud trabaja!

CORVINO.—*(Entrando.)* ¡Por fin, Mosca! ¡Llegó la hora!

VOLPONE.—*(Desde su escondite.)* Está completa la lista.

CORVINO.—¿Qué hará aquí el abogado? Y Corbaccio, ¿a qué habrá venido?

CORBACCIO.—¿Qué querrán todos éstos?

CORVINO.—Mosca... Lo mejor será que me des el testamento para enseñarlo a éstos. A ver si se van.

MOSCA.—Arcones de roble, con herrajes de plata..., tres. *(Alarga a Corvino, distraídamente, el testamento, por encima del hombro.)*

CORVINO.—El testamento, ¿verdad? ¡El testamento!

MOSCA.—Juegos de cortinajes..., diez. Tapices...

VOLTORE.—*(Acude a mirar el testamento. Gestos de sorpresa.)* ¡Mosca, heredero!

CORBACCIO.—¿Cómo? ¿Qué?

MOSCA.—¿Habéis quedado mudo, señor jurista? Y vos, señor mercader, ¿es que la borrasca os echó a pique algún barco?

CORBACCIO.—¡Esos se han quedado sin blanca! Ya se va... El hombre soy yo. *(Se apodera del testamento.)*

CORVINO.—Pero, Mosca...

MOSCA.—Vitrinas..., dos,

CORVINO.—Pero ¿es posible?

MOSCA.—Una de ébano...

CORVINO.—¿O lo haces por burlarte de mí?

MOSCA.—La otra de madreperla... ¡Oh, tengo mucho trabajo! La verdad es que me ha llovido del cielo una fortuna... Un salero de ágata... Y sin ningún esfuerzo.

CORVINO.—¡Aquí muere toda mi esperanza! Por favor, Mosca, una palabra,

MOSCA.—¿Pero es que no tenéis nada que hacer ahí fuera? ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Qué promesa os detiene? ¿No sabéis que os tengo por un asno y que ante todo el mundo sois un cornífero declarado? ¡Ea, a la calle!

CORVINO.—*(Desesperado.)* ¡Caro va a costarte, bribón! *(Se va.)*

VOLTORE.—¡De seguro que está engañando a los demás en favor mío!

CORBACCIO.—¡Mosca, heredero; Mosca, heredero! *(Acaba de leerlo.)*

VOLPONE.—¡Por fin lo ha leído!

CORBACCIO.—¡Un parásito! ¡Un esclavo! ¡Burlarse así de mí!

MOSCA.—En efecto, señor. Y cállese o va a perder el último diente que le queda. ¿No sois vos el que anduvo tres años merodeando estos tesoros, olfateándolos con esa nariz ganchuda? ¿No sois el que me sobornaba para que envenenase a mi amo, el que hoy en pleno tribunal se jactó de desheredar a un hijo? ¿No habéis jurado en falso?

¡Ea! Váyase y muérase de una vez. Si grazna una sola palabra, va a ponerse todo en claro. ¡Fuera de aquí!

CORBACCIO.—*(Arrastrándose.)* Me voy, pero la justicia vendrá por ti.

MOSCA.—¡Muérase ya! *(Sigue escribiendo.)*

VOLTORE.—Ahora, mi fiel amigo, me hago cargo de tu fidelidad...

MOSCA.—*(Como antes.)* Una mesa de pórfido...

VOLTORE.—¡Ya se fueron, Mosca!

MOSCA.—¡Qué impertinente sois!

VOLTORE.—No finjáis más, hombre.

MOSCA.—Pero... y vos, ¿quién sois? ¿Quién os mandó a buscar? ¡Ah! Ya os conozco, Sois el farsante que vende la justicia a quien mejor la paga. Cuando me enreden en algún proceso, entonces iré a buscaros. Pero, ahora, no me sigáis importunando.

VOLTORE.—Pero...

MOSCA.—Sois insoportable. Idos ya de una vez.

VOLTORE.—¡Ah, vil parásito! Mal conoces a Voltore, ¡Hoy mismo vas a dar en una mazmorra! *(Vase.)*

MOSCA.—Si hay más justicia que la vuestra, allí nos encontraremos.

VOLPONE.—*(Saliendo del escondite.)* ¡Ven aquí, bribón! ¡Deja que te abrace! El discípulo es ya maestro.

MOSCA.—*(Mirando con frialdad.)* Y vos... ¿Quién sois vos? ¿Sois un fantasma, un espectro que toma la forma corporal de mi amo difunto?

VOLPONE.—¿Eh? ¿Qué dices?

MOSCA.—¿O sois un impostor que quiere suplantarle para gozar de sus riquezas?

VOLPONE.—Mosca... Se acabó la broma. ¡Ya se fueron! ¡Devuélveme el testamento!

MOSCA.—Pero, ¿estáis loco? ¡Vos sois un difunto! Volpone murió, y su heredero es Mosca.

VOLPONE.—¿Qué dices, miserable? Yo te desmentiré.

MOSCA.—¿Cómo vais a desmentirme? Todos vuestros engañados irán ahora a pedir justicia; confesarán al Tribunal todo lo que urdisteis para burlaros de ellos. ¡Y vos,

señor Volpone, mi antiguo amo, seréis condenado a la horca!

VOLPONE.—¡Canalla!

MOSCA.—No me asusta que gritéis... Está la baraja boca arriba. ¿Queréis continuar difunto...? Pues difunto. ¿Queréis continuar vivo...? Pues ahorcado. Os aguarda un magnífico porvenir.

VOLPONE.—Voy a hacerte pedazos.

MOSCA.—¡Pobre zorro! La mosca os hizo cosquillas en la oreja... Cuando queréis darle un manotazo, la mosca vuela..., y os quedáis burlado.

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

El Tribunal, como en el acto anterior.

ESCENA PRIMERA

Salen los cinco magistrados, con su habitual empaque. El ESCRIBANO, BONARIO, CELIA, CORBACCIO, CORVINO, etc., VOLPONE *en traje de ujier.*

MAGISTRADO 1.º—¿Están aquí todas las partes?

ESCRIBANO.—Falta el abogado.

MAGISTRADO 1.º—Ujier.

VOLPONE.—Señor...

MAGISTRADO 1.º—Ve en busca del señor Voltore.

VOLPONE.—Aquí lo tenéis, señor. *(Entra Voltore y ocupa su puesto.)*

MAGISTRADO 1.º—¡En pie todos! Se va a leer la sentencia.

VOLTORE.—Respetable Tribunal... Que vuestra misericordia se sobreponga una vez más a vuestra justicia... Que perdonéis... *(Tartamudea.)* No se lo que me digo.

VOLPONE.—¿Por dónde se saldrá ahora este majadero?

VOLTORE.—Es que... no sé a quién dirigirme primero... Si a vosotros o a estos inocentes...

CORVINO—¡Dios! Va a confesarlo todo.

VOLTORE.—... a quienes también yo engañé, movido por la codicia.

CORVINO.—¡Este hombre está loco!

CORBACCIO.—¿Qué? ¿Qué pasa?

CORVINO.—Tiene el diablo en la sangre.

VOLTORE.—Señores... La conciencia me dice que os pida perdón... Que me postre a vuestras plantas...

MAGISTRADO 1.º—¿Qué significa eso? Alzad.

CELIA.—¡Cielos! ¡Se va a hacer justicia!

VOLPONE.—Caí en mi mismo cepo!

CORVINO.—*(A Corbaccio.)* Haceos fuerte, señor. Sólo puede salvaros la serenidad.

MAGISTRADO 1.º—Seguid. *(Murmullos.)*

VOLPONE.—Silencio.

VOLTORE.—No me empuja la pasión, señores, sino la conciencia, sólo la conciencia. Quiero esclarecer los hechos, demostrar la verdad. El criado de Volpone, ese truhán, fué la causa de todo.

MAGISTRADO 1.º—¿Dónde está ese hombre? Condúzcanlo ante el tribunal inmediatamente.

VOLPONE.—Allá voy, señor. *(Vase.)*

CORVINO.—Respetable tribunal. Este hombre no sabe lo que dice. El mismo ha confesado. Le aturde el contratiempo... ¡Como pensaba heredar al viejo Volpone, que acaba de morir!

MAGISTRADO 2.º—¿Cómo?

MAGISTRADO 3.º—¿Volpone ha muerto?

CORVINO.—Sí. respetable tribunal.

BONARIO.—¡Estamos vengados!

MAGISTRADO 1.º—Entonces, ¿no hubo impostura en él?

VOLTORE.—No hubo impostura. De todo hay que culpar a su criado, un parásito.

CORVINO.—Lo dice así por envidia, porque el criado logró la herencia que Voltore esperaba. Con la venia del tribunal... La verdad es ésta, aunque no pretendo justificar a Volpone, que sin duda es también culpable.

VOLTORE.—¿Y de qué es culpable? De haber hecho fracasar vuestra ilusión y la mía, Corvino. Pero yo voy a ser más modesto. Dígnense repasar estas notas y refle-

xionar acerca de ellas. Son la verdad escueta. Conviene al Tribunal leerlas. *(Entrega unos papeles que nadie lee.)*

CORVINO.—Este hombre está frenético.

MAGISTRADO 2.º—Si Mosca es el heredero, hicimos mal enviar por él a un ujier.

MAGISTRADO 3.º—¿A quién os referís?

MAGISTRADO 2.º—Al llamado parásito.

MAGISTRADO 3.º—Es cierto. Ahora es un hombre de elevada posición...

MAGISTRADO 2.º—Buscad al señor Mosca *(se dirige al Escribano)* y decidle que el Tribunal desea hablarle. Sólo para aclarar algunas dudas. *(Se va el Escribano.)* La jerarquía es la jerarquía. *(Todos hablan.)*

MAGISTRADO 3.º—Pero esto es un laberinto.

MAGISTRADO 1.º— Silencio. *(A Corvino.)* ¿Mantenéis vuestra primera declaración?

CORVINO.—Sí.

MAGISTRADO 1.º—*(A Corbaccio.)* ¿Y vos?

CORBACCIO.—El abogado es un bribón, y como tiene una lengua de hacha...

MAGISTRADO 1.º—Ceñíos al asunto.

CORBACCIO.—Y el criado, otro bribón.

MAGISTRADO 2.º—Aquí nadie se entiende.

VOLTORE.—Ruego al Tribunal que lea mis notas.

CORVINO.—No le hagáis caso. Serán una sarta de embustes.

MAGISTRADO 1.º—¡Más respeto! Esto no se concilia con lo demás. *(Leyendo los papeles.)* Aquí se declara que la joven fué instigada, obligada por su marido... Que fué su mismo marido quien la llevó a casa de Volpone.

VOLTORE.—La verdad.

CORVINO.—Respetable tribunal. Este hombre está loco; vuelvo a afirmarlo.

MAGISTRADO 1.º—¡Calma, calma! Aquí llega el ujier.

VOLPONE.—El criado Mosca llegará inmediatamente.

MAGISTRADO 2.º—Llamadle con más respeto, ujier.

MAGISTRADO 3.º—¿No lo habrá encontrado el Escribano?

VOLPONE.—Seguramente, no.

MAGISTRADO 2.º—Cuando llegue se pondrá esto en claro.

MAGISTRADO 3.º—Por ahora todo está bastante turbio.

VOLTORE.—Ruego al respetable Tribunal...

VOLPONE.—*(Bajo, a Voltore.)* Señor: Mosca me encargó que os diga esto: Que su amo vive; que el heredero sois vos; que no perdáis la esperanza; que todo fue una broma.

VOLTORE.—¿De veras vive?

VOLPONE.—Tan vivo como yo.

VOLTORE.—¡Ay de mí! Estuve muy violento.

VOLPONE.—Todo fué una broma para probar vuestra rectitud, vuestra lealtad... Y aun puede arreglarse todo. Dejaos caer a tierra, como si estuvieseis endemoniado. Yo haré que todos lo crean...

VOLTORE.—Sí; como queráis... ¡Ay! *(Finge un desmayo y cae en brazos de Volpone.)* ¡Ay!

MAGISTRADO 1.º—¿Qué es eso?

MAGISTRADO 2.º—¿Qué le ha dado?

CORVINO.—¡El mismo diablo está con él!

VOLPONE.—Sí, es el diablo... La boca se le tuerce. Se le saltan los ojos, como a una liebre colgada en el mercado... ¿No lo ven? Ahora el diablo le baja al vientre. Ahora le sube... *(Gran expectación.)* Ya, ya le sale. ¡Apartaos! Mirad cómo vuela en forma de murciélago... ¿Lo veis?

CORBACCIO.—Creo que lo veo.

CORVINO.—Sí. sí.

VOLPONE.—¡Claro! Ya recobra el sentido.

VOLTORE.—*(Débilmente.)* ¿Dónde estoy?

VOLPONE.—No ha sido nada. Ya pasó.

MAGISTRADO 1.º—¡Qué extraño accidente!

MAGISTRADO 2.º—¡Algo hay en él de sospechoso!

MAGISTRADO 3.º—Pues si estaba poseído por el demonio, ¡esto no significa nada! *(Por los papeles.)*

CORVINO.—Suele padecer ataques así

MAGISTRADO 1.º—Mostradle los documentos... ¿Los conocéis, Voltore?

VOLPONE.—*(Bajo, a Voltore.)* Decid que no; juradlo, si es preciso.

VOLTORE.—Sí, los conozco... Son míos... Pero son todos falsos.

BONARIO.—¡No hay salvación posible! ¡Qué canalla!

MAGISTRADO 2.º—¡Vaya un laberinto!

MAGISTRADO 1.º—Entonces ese a quien llamáis parásito, ¿no es culpable?

VOLTORE.—Ni él ni Volpone. su buen amo.

MAGISTRADO 2.º—Pero Volpone ha muerto.

VOLTORE.—No. Vive, respetable Tribunal.

MAGISTRADO 1.º—¿Vive?

VOLTORE.—Vive.

MAGISTRADO 2.º—Pues el enredo es mucho mayor.

MAGISTRADO 1.º—¿No lo dabais por muerto?

VOLTORE.—¿Yo? ¡Nunca!

MAGISTRADO 2.º—Así lo asegurabais.

CORVINO.—Y yo lo escuché.

MAGISTRADO 1.º—¡Bien, bien! Aquí llega este caballero. ¡Abridle paso!

ESCENA FINAL

Los mismos y MOSCA.

MAGISTRADO 2.º—Un asiento para el señor.

MAGISTRADO 3.º—¡Buen talante el de este mozo! Si Volpone ha muerto, he aquí un buen partido para mi hija.

MAGISTRADO 2.º—Déjenle pasar.

VOLPONE.—*(A Mosca.)* Yo estaba perdido, Mosca. Voltore comenzó por confesarlo todo. Luego ha rectificado, y aun creo que la cosa tiene arreglo. Ahora di que estoy vivo.

MOSCA.—¿Quién será este impertinente?... Respetable Tribunal: perdonad que antes no haya comparecido, pero me roba todo el tiempo la preparación de los funerales de mi querido amo...

VOLPONE.—¡Mosca!

MOSCA.—Quiero que sus exequias sean dignas de un príncipe.

MAGISTRADO 2.º—¡Cada vez se pone esto más turbio!

MAGISTRADO 3.º—Estamos como al principio.

MAGISTRADO 1.º—Pero... vamos a ver... Conteste el abogado. ¿No afirmabais que Volpone vive?

VOLPONE.—¡Yo lo afirmo! Este caballero *(por Mosca)* me lo dijo.

MOSCA.—Nada tengo que ver con este mentecato. No le conozco.

MAGISTRADO 1.º—Y vos *(a Voltore)*, ¿qué decís?

VOLTORE.—Pues... que me lo comunicó el ujie.r

VOLPONE.—*(Interrumpiéndole.)* Se lo dije y lo sostengo. Este hombre *(por Mosca)* fué quien me dió la noticia.

MOSCA.—*(Con aire ofendido.)* Respetable Tribunal: Si una insolencia así ha de tenerse en cuenta, tomo el partido de callarme. No creo que se me haya citado para esto.

MAGISTRADO 1.º—Llevaos a este hombre. Parece que está bebido.

VOLPONE.—¡Mosca!

MAGISTRADO 2.º—¿Eh? Fuera. Que le propinen una tanda de palos.

VOLPONE.—¡Traidor!

MAGISTRADO 3.º—Y enséñele cómo debe tratar a la gente de calidad.

MAGISTRADO 2.º—¡Vaya, vaya; fuera! *(Los alguaciles se llevan a Volpone.)*

MOSCA.— *(Inclinándose ceremoniosamente.)* Agradezco mucho al Tribunal...

MAGISTRADO 3.º—*(A Mosca.)* ¿Sois casado, caballero?

VOLPONE.—*(Da unos pasos entre los alguaciles; de pronto, se vuelve y dice:)* ¡Basta de farsa! ¡El zorro se descubre! *(Se arranca el disfraz.)* ¡Yo soy Volpone! *(Movimiento general de sorpresa. Exclamaciones.)* ¿Perder cuanto tengo, y palos encima? ¡Antes la ruina para todos!

MOSCA.—¿Vos, señor? ¿Erais vos?

VOLPONE.—¡Imbécil! ¿Creías que iba a soportar tu fortuna a costa de la mía?

MOSCA.—Pero...

VOLPONE.—¡Se acabaron las bromas! ¡Este es mi lacayo! *(por Mosca.)* ¡Este es lacayo de sí mismo! *(por Voltore).* ¡Este *(por Corbaccio)* es el payaso de la avaricia! ¡Este *(por Corvino)* una ensalada de cornífero, bufón y lacayo! Respetable Tribunal: puesto que no podemos ya esperar sino vuestra justa sentencia, acabad cuanto antes.

MAGISTRADOS 4.° y 5.°—Habrá que oír antes...

CORVINO.—Con la venia del Tribunal...

VOLTORE.—Yo quisiera...

CORBACCIO.—Antes es preciso que...

ALGUACIL.—¡Silencio!

MAGISTRADO 1.°—¡Ea! Puesto que el mayor culpable ha confesado, sentenciemos inmediatamente. Los papeles de Voltore nos bastan.

MAGISTRADO 2.°—Sentenciemos. En ellos está la verdad.

MAGISTRADO 3.°—¡Sentenciemos!

MAGISTRADO 1.°—Queda desde luego probada la inocencia de Celia y de Bonario. Póngaseles en libertad... *(Movimientos de gratitud en Celia y Bonario.)* ¿Tienen algo más que aportar al esclarecimiento del proceso?

CELIA.—Nada, señor. Unicamente queremos pedir clemencia para los culpables.

MAGISTRADO 2.°—¡No ha lugar!

MAGISTRADO 3.°—¡No ha lugar! *(Quedan libres los dos.)*

MAGISTRADO 1.°—Despojad al criado de sus insignias de caballero. *(Lo hacen, quitándole el ropón, algún collar, etc.)* Resulta que tú fuiste el principal instrumento de Volpone; quien imaginó tanta marrullería y tanta infamia. Ultimamente llegó tu audacia a vestir el traje de caballero veneciano, que no te corresponde ni por tu sangre ni por tu vida de pícaro. Serás azotado y llevado a galeras. *(Diferentes gestos, según el personaje.)* A ti, Voltore, te destierro de la Corporación y de Venecia. A ti, Corbaccio, te condeno a perpetua reclusión en el monas-

terio del Espíritu Santo, para que aprendas a bien morir ya que no supiste bien vivir...

CORBACCIO.—¿Qué, qué ha dicho?

ALGUACIL.—Ya, ya os lo dirán más tarde.

MAGISTRADO 1.º—A ti, Corvino, te pasearán montado por toda Venecia, con un gorro provisto de orejas de asno, en vez de cuernos. Y devolverás a Celia a su padre, con la dote triplicada. A ti, Volpone... *(Movimiento de expectación.)* te condenamos a ser despojado de tus bienes, que pasarán al hospital de incurables, por la burla que de la enfermedad hiciste, y para que puedas estar enfermo de veras, se te confinará en una mazmorra donde no te faltará ocasión de quedar reumático y paralítico. *(Gestos de aprobación, murmullos, palabras sordas de los reos.)*

ALGUACIL.—¡Silencio!

MAGISTRADO 1.º—*(Se levanta y con él todos los magistrados.)* ¡Conducid a los reos! Las sentencias no tendrán apelación!

MAGISTRADO 2.º—¡El zorro ha caído en su mismo cepo!

MAGISTRADO 1.º—La avaricia engulle sin tino, pero tanto llega a inflarse, que, al fin, estalla,

TELON

LA FARSA

está a la venta en la

Librería y Editorial Madrid

Arenal, 9.-- MADRID

Donde puede usted suscribirse, adquirir el número de la semana y los números atrasados que falten para completar su colección

La **Editorial Estampa**
empezará a publicar, muy en breve, el

TEATRO SELECTO
de
D. CARLOS ARNICHES

en volúmenes de obras escogidas por su ilustre autor, como las más representativas de su teatro.
El primer tomo, que irá avalorado por un magnífico prólogo del gran escritor JOSE CARNER, contendrá las siguientes obras:

LA CHICA DEL GATO,
EL SEÑOR ADRIAN EL PRIMO
y **LAS ESTRELLAS**

Precio del ejemplar: **3** pesetas.

Pedidos a EDITORIAL ESTAMPA
Paseo de San Vicente, 18. — MADRID

GUTIÉRREZ

SEMANARIO ESPAÑOL
:-: DE HUMORISMO :-:

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos.—Ribas.—Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Roberto.—Barbero.—López Rubio.—Tono. Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.—Concursos raros.—Secciones extrañas.—¡Contra la neurastenia!—¡Contra la hipocondría!—Humorismo sano.—Buen gusto.

COMPRE USTED TODOS LOS SABADOS

GUTIÉRREZ

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

Lea usted

macaco

el periódico de los niños

Contiene historietas, chistes, cuentos, muñecos recortables, dibujos para iluminar, pliegos de soldados, etc., y otras muchas secciones, que son el encanto de los niños. No dejéis de comprarlo, pues además, obtendréis grandes regalos.

APARECE LOS DOMINGOS 30 céntimos

LA FARSA

Publicará en su
próximo número

EL ALFILER

aplaudidísima comedia.

Uno de los más grandes éxitos del ilustre y popular autor

D. PEDRO MUÑOZ SECA

Rivadeneyra (S. A.).—Madrid.

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

30Mar'55L

28Mar'62GG

28Jun'65LG

OCT - 1 '78

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00021451046